
Retrato personal de dos maestros

Carmen Iglesias

Ambos nacieron en 1911: Maravall Casesnoves un 13 de junio, en Xátiva (Valencia); Díez del Corral el 5 de julio, en Logroño. Apenas se llevaban veinte días de diferencia y, a partir de sus veinte años, sus trayectorias profesionales y vitales se entrecruzan hasta el final de sus vidas. (Maravall falleció a los 75 años –19 de diciembre de 1986–; Díez del Corral le sobrevive doce años más –7 abril 1998.)

En realidad, estas páginas bien podrían titularse «Historia de una amistad», pues esa historia de la relación entre ambos es el eje sobre el que hoy pivotan mis palabras. No es un recorrido por sus ingentes obras o sus semblanzas, sobre las que he escrito tantas veces y tantas páginas –desde que estaban con nosotros en activo, cuando se jubilaron, antes y después de su fallecimiento–, en homenajes, antologías, oraciones fúnebres, estudios académicos de trabajos o libros concretos, recopilación de sus obras completas o de sus líneas principales de pensamiento, y a todo lo cual se tiene acceso fácil en sus bibliografías. No es nada de eso –aunque forzosamente haya repeti-

ciones en mis textos sobre el impacto personal e intelectual que ejercieron, pues siempre es un honor hablar o escribir de aquellos que han contribuido con su presencia y su pensamiento a mejorar el mundo que les rodeó y haber tenido el privilegio de estar cerca de ellos–, sino que más bien intento trazar un *retrato personal de una amistad*, de la que tuve el privilegio durante un tiempo de ser testigo directo y, a pesar de los altibajos de la vida, ver cómo se mantenía profundamente hasta el final. Perfilar quizá una suerte de *vidas paralelas*, en el sentido ejemplar de Plutarco. En definitiva, es un homenaje a estos maestros decisivos de nuestras vidas.

Fernando Savater decía alguna vez, tan brillantemente como acostumbra, que ningún maestro, ningún libro –por muy sabio que sea– puede descargarnos del peso de equivocarnos o acertar, pero sin embargo ciertos libros, ciertos maestros, son decisivos para abrirnos puertas y horizontes que solo a cada uno de nosotros corresponde pasar. Siempre me he sentido identificada con ese sentir. Lo mismo que me impresionó y me gusta repetir que, de algunos de esos maestros, de esos libros, puede decirse aquello que San Agustín exclamó al leer el *Hortensio* de Cicerón: que no solo «cambió mis opiniones», sino que «mudó mis afectos». Don Luis y don José Antonio pertenecieron a esa categoría, capaces de crear nuevos horizontes, nuevas perspectivas, nuevas comprensiones de las cosas. Aceptarlos, cruzar umbrales cognitivos, abrirse al mundo, es cosa ya de cada cual. Pero antes de hablar de ese magisterio, retrocedamos al inicio de su amistad.

El primer encuentro

«Recuerde, Maravall –escribió Ortega y Gasset en la dedicatoria de uno de sus libros a aquel–, que *si la vida es un resorte que se dispara, antes es un resorte que se contrae*». Siempre he pensado que Díez del Co-

rral y Maravall, los dos historiadores del pensamiento de la segunda mitad del siglo XX, han hecho honor a esa hermosa andadura que aconsejaba Ortega al entonces muy joven Maravall. Tanto uno como otro han relatado por escrito el momento en que se conocieron, cuando apenas tenían veinte años, en el comienzo del curso 1928-29, en la Universidad de Madrid, Facultad de Derecho (uno procedente de Logroño, el otro de Valencia y concretamente de la Universidad de Murcia en aquel momento –la espléndida Universidad de Jorge Guillén, de Gabriel Franco, de Cayetano Alcázar, como recordaba siempre Maravall). Pero intimaron y anudaron una amistad que duró hasta su muerte en la búsqueda ávida de libros que compraban –baratos, siendo estudiantes de clase media, según contaban– en unos carritos que se colocaban en la calle Ancha de San Bernardo y tentaban a los jóvenes estudiantes. Permítanme contarlo con las propias palabras de Maravall y de don Luis. Dice el primero:

En aquel Madrid, además de la feria de libros de ocasión de la Cuesta Moyano, en la calle de San Bernardo se colocaban, próximos a la Universidad, vendedores con puestos que llevaban encima un ancho cajón lleno de un revuelto de libros. Los había allí de la benemérita Colección Universal, también de los clásicos CIAP, y en buen número ejemplares de restos de ediciones invendibles de nada menos que Baroja, Valle-Inclán, Azorín, Eugenio D'Ors, y de cuando en cuando aparecía algún ejemplar suelto de «El Espectador» de Ortega. Un día tras otro coincidimos, en algunos de esos puestos, Luis Díez del Corral y yo, revolviendo libros en busca de alguna de esas interesantes, excelentes sorpresas. Las charlas entre los dos, en esas ocasiones, se repitieron y poco después ese muchacho estudiante que me había dicho su nombre al conocernos, Luis Díez del Corral, que poco después sería Corral, a secas, se convirtió pura y simplemente en Luis y esto ha sido para mí desde entonces y esto espero que seguirá siendo hasta el final de nuestros días.

(«D. Luis, riojano universal». Homenaje en Logroño, marzo 1985.)

Y dos años más tarde, en 1987, Díez del Corral rememora ese mismo episodio de los carritos de libros, continuando la historia juvenil:

Era una generación la nuestra que había tenido la fortuna de iniciar su formación intelectual coincidiendo con los últimos años, todavía, fecundos, de la generación del 98, con la llegada a su plenitud de la generación presidida por Ortega, y con la aurora de la generación del 27, el año del Centenario de Góngora, cuyo Polifemo nos aprendíamos, con todas sus licencias poéticas, de memoria. Nada tiene de extraño que un grupo de amigos fundásemos con nuestro personal peculio *Nueva Revista*, que vendíamos a voces por las calles. No faltaban colaboraciones de grandes poetas, ni tampoco ensayos sobre materias históricas, sociales y políticas, que correspondían con frecuencia a las circunstancias del momento. Maravall continuaría en esa trayectoria, escribiendo pronto en las páginas de grandes periódicos y revistas, como *El Sol*, *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*.

(Homenaje a J.A. Maravall. Biblioteca Nacional, 1987.)

A su vez, Maravall amplía —en unas apasionantes conversaciones grabadas de acuerdo con él durante varias tardes de los años ochenta (partes de ellas fueron publicadas en su día y también tuve el privilegio de realizar paralelamente otra serie de grabaciones con don Luis)— *amplía*, decía, ese «voceo» de la *Nueva Revista* creada entre amigos:

En efecto, sacamos una Revista y en esa *Nueva Revista*, como la llamamos (es una revista que no se ha estudiado y merecería la pena, porque yo creo que es la primera revista que hacen unos estudiantes vanguardistas) conseguimos para cada uno de los seis números que publicamos con nuestro dinero —sin subvención del Decanato ni de nadie, es decir, privándonos de nuestro cine y de nuestra merienda, en La Granja del Henar, pues eran 5 o 6 duros los que se podían reunir—, conseguimos valiosas colaboraciones. Colaboró José Bergamín, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Luis

Cernuda, Fernando Villalón; colaboró Azorín. Es decir, como ves un repertorio grande y, desde entonces, data la amistad que hice con todos ellos y mi relación estrechamente amistosa con algunos, como por ejemplo Salinas, que pertenecía al grupo de profesores que se incorporaron a este vanguardismo.

Al mismo tiempo se produjo la efervescencia política en el país por la lucha final –digamos– contra Primo de Rivera y, ya concretamente el último año de la carrera, pues entré en la FUE y me dediqué mucho a esto. Y eso del interés político se refleja ya en esa revista que hicimos.

La guerra civil y la terrible posguerra (creo como historiadora que esta fue especialmente nefasta para el futuro de la convivencia española, al prolongar durante cuarenta años –la vida del dictador– y, a pesar de las indudables transformaciones socio-económicas y generacionales que se produjeron en esas décadas, la división siempre mantenida desde el Régimen entre «vencedores» y «vencidos», así como una espiral de resentimiento, solamente aquietada en nuestra ejemplar Transición de 1975-1978 fenecido el régimen franquista), *la guerra civil y la terrible y larga posguerra*, decía, cayeron como losas sobre las ilusiones y expectativas de estos jóvenes estudiantes, pero la amistad entre ellos permaneció –como esperaba Maravall– hasta el final de sus días, así como la convergencia en los mismos espacios culturales y académicos.

La Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, Universidad Complutense

Desde luego y como referencia principal, estuvieron juntos y unidos en la Universidad Complutense y, concretamente, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas (su nombre real durante los primeros veinte años, al que también se unió «y Comerciales»,

antes de la separación definitiva –física e intelectual– de sus secciones en «Económicas y Comerciales» por un lado, y «Políticas y Sociología», por otro, además de desplazarlas urgente y separadamente fuera del núcleo urbano, en lo que se interpretó como un «castigo» por su crítico y militante antifranquismo). En aquella Facultad, situada en el viejo caserón de San Bernardo, Díez del Corral y Maravall crearon, junto con don Luis García de Valdeavellano –el tercero de mis maestros– un Departamento de Historia absolutamente excepcional, pionero en determinados campos historiográficos y nada común para la época. Díez del Corral y Maravall fueron los fundadores en España, como disciplinas académicas, de una Historia de las Ideas y de una historia social y cultural de España que partía básicamente de la óptica de una historia comparada y que, con la brillante Historia de las Instituciones de Valdeavellano, contribuyeron en primera línea a enriquecer y conformar, con su enorme influencia, la historiografía hispana de la segunda mitad del XX. Pero, además, junto con otros profesores de otras disciplinas, pero de forma destacada los tres citados, constituyeron para los estudiantes de los años sesenta que tuvimos la suerte y el privilegio de estudiar con ellos, el nexo discipular que nos unió a la tradición anterior a la fractura de la guerra civil y el exilio. Nos hicieron leer sin prejuicios y nos dieron noticia de los exilados españoles. Supieron crear en años difíciles lo que hoy llamaríamos una «comunidad científica», que hizo posible una atmósfera de tolerancia y debate, de rigor y libertad responsable, que convirtieron aquellos años, la última década del franquismo, y aquellos estudios en un espacio privilegiado, en contraste con la pacatería y represión de un régimen y una sociedad profundamente autoritarios en sus más mínimas manifestaciones cotidianas.

Se hace difícil para los que no vivieron la Facultad de aquellos años imaginar lo que representaba en el panorama universitario y cultural de la España de finales de los sesenta. Había varios facto-

res que contribuían a que aquella Facultad de Políticas y Económicas, antes de que separaran los dos sectores física y académicamente, constituyera un fenómeno singular, estimulante y brillante, en línea con las mejores Facultades de su género en universidades extranjeras, como fácilmente se podía apreciar en cuanto uno se paseaba fuera de España. La juventud de la Facultad, un plan de estudios en la sección de Políticas que incluía de forma pionera el estudio de Ciencias Sociales –articuladas alrededor de tres ejes básicos: Ciencia Política y Derecho, Historia, y Economía y Sociología–; la dinamicidad que el propio debate intelectual, alrededor de las cuestiones que se estudiaban, promovía y proyectaba sobre el entorno político y social; todo ello hacía de la facultad un centro vivo y activo, intelectual y académicamente, para los jóvenes que llegábamos entonces a la universidad. Pero el principal activo era, como es obvio, el excelente claustro de profesores. Como siempre ocurre en toda corporación, había buenos y menos buenos, excelentes y alguno detestable, pero los que marcaban la pauta y eran el modelo legitimado por su propia excelencia intelectual y moral eran los auténticos impulsores de aquella dinamicidad.

Limitándome a aquellos de los que recibí directamente clase, en aquella facultad, además de Díez del Corral, Maravall y García de Valdeavellano, ya citados, enseñaban Fernando Terán, Paulino Garagorri, Rodrigo Uría, Fernando Garrido Falla, Antonio Truyol, Salvador Lissarrague, Giménez de Carvajal, Carlos Ollero, entre otros. Formaban, como decía, una comunidad intelectual en la que también se integraban –y para los estudiantes de entonces esto fue asimismo decisivo– los profesores de la sección de Económicas, entre ellos Luis Ángel Rojo, Enrique Fuentes Quintana, José Luis Sampedro, Castañeda, Velarde, Paredes y otros. Si menciono a estos es porque la interpenetración, informal pero muy eficaz y real, entre profesores y algunos grupos de estudiantes de las dos secciones era tal que mientras muchos estudiantes de Econó-

micas asistían, solo por el placer de oírles y aprender, a cursos o seminarios de Díez del Corral o Maravall o Valdeavellano (un buen plantel de economistas se convirtieron en historiadores económicos bajo la dirección de este último –el director de la Real Academia de la Historia, Gonzalo Anes, sería el ejemplo más insigne), otros de Políticas íbamos a las clases de Ángel Rojo –a través de él ya conocimos entonces a Karl Popper y a otros ilustres pensadores–, a las de Sampedro –siempre ameno y didáctico con los «cañones y la mantequilla» de un famoso manual– o a famosos y polémicos seminarios conjuntos que dirigía Fuentes Quintana. De alguna manera, esa mezcla y esa vivacidad intelectual que pretendía no tener fronteras reguladas contribuyeron a evitar o al menos a paliar la caída de muchos jóvenes de entonces en la «fascinación dogmática» con que el *boom* del marxismo barrió todo auténtico debate intelectual en la siguiente década.

Creo sinceramente que aquella comunidad científica de mediados de los sesenta hizo posible una atmósfera, imprescindible para la ciencia y el debate, que era representativa de la recuperación paulatina que la universidad española estaba viviendo en muchos sectores en aquellos años. En contra de la idea de «páramo cultural», era visible una clara y lenta recuperación de lo que había sido el trauma del exilio y la censura de la universidad de la posguerra. En contraste con la violencia que rodeaba las aulas universitarias –con la policía, los «grises», incluso dentro del recinto universitario en las últimas coleadas de la dictadura–, estos profesores y maestros, que creyeron siempre en la máxima weberiana de que «dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual», y que dieron en ocasiones la cara por los estudiantes represaliados, ayudaron a una serie de jóvenes de entonces a no perderse entre la Escila de violencia y represión y la Caribdis de la politización de todos los sectores de la realidad (esa politización extrema que, al no existir cauces institucionales en un régimen dicta-

torial, convierte hasta las más mínimas y triviales cosas en acontecimientos políticos y en obligación maniquea de testimoniar a favor o en contra).

Al contrario, yo creo que se centraron aún más –frente al entorno político hostil de la dictadura– en una enseñanza vocacional de excelencia; desde luego, impulsaron para mi franja generacional tanto el espíritu crítico como el amor al conocimiento; la protesta juvenil no estaba reñida –muy al contrario– con la responsabilidad del estudio, sino que se complementaban; la curiosidad por la realidad y su comprensión incluía la lectura compulsiva en muchas ocasiones de libros que nos pasábamos en los pasillos y en las aulas y que se comentaban con pasión y también con ingenuidad un tanto narcisista pero sincera. Libros clandestinos y cines de «arte y ensayo», formaban parte de una búsqueda –en buena medida con motivaciones más bien éticas que políticas, aunque la simplificación juvenil apenas supiera distinguirlas– en la que muchas veces se perdía el tiempo, pero que también dejaba su poso de enseñanza y educaba sentimental e intelectualmente, para bien y para mal, a un sector importante de aquellos momentos. Nada era ajeno y creíamos en todo ello y en la propia tarea de la universidad. El avance de los setenta transformaría muchas de esas coordenadas, pero eso es otra historia.

Convergencia en otras instituciones: las «cocinas intelectuales»

Pero no solo Díez del Corral y Maravall convergieron en aquella Universidad, sino, como decía, también en otros o en casi todos los grandes espacios culturales del momento. Desde luego, en la Real Academia de la Historia; en el Instituto de Estudios Políticos; también –antes de las cátedras y de las Academias– en puestos culturales en París: Maravall fue director del Colegio de España, con

un fuerte apoyo de Sarraihl y otros hispanistas, entre 1949 y 1954, y don Luis fue también agregado cultural por aquella época; estuvieron juntos en la *Revista de Occidente*, en los veranos de la Universidad de Santander y en otras «cocinas intelectuales», como contaba don Luis en ese precioso escrito, de 1987, en homenaje a su amigo recién fallecido.

Don José Antonio Maravall Casesnoves fue elegido miembro numerario de la Real Academia de la Historia en 1961 y leyó su discurso de ingreso en 1963, siendo recibido en esta corporación por su gran amigo –y persona tan querida y respetada, con quien muchos de nosotros tuvimos el privilegio de tratar y aprender de su sabiduría–, el padre jesuita don Miguel Batllori y Munné. Eliigió Maravall para su discurso de recepción un estudio sobre *Los factores de progreso en el Renacimiento español*, que sería uno de los núcleos básicos de obra posterior tan importante como *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo de una sociedad*, publicada en 1966, tres años más tarde. Por su parte, don Luis Díez del Corral fue elegido miembro de número en esta institución en 1969 y leyó su discurso en 1973 (nada extraño en don Luis apurar el máximo de tiempo en un escrito impecable que, como he contado en alguna ocasión al escribir sobre su obra –y su familia conoce bien ese rasgo de su perfeccionismo en estilo y escritura–, podría suscribir el dicho, no exento de ironía, citado por Alfonso Reyes de que «en realidad publicamos nuestros borradores para no pasarnos la vida corrigiéndolos»). Su discurso sobre *La Monarquía de España en Montequieu* fue contestado por otro gran maestro de historiadores, don Ramón Carande, e igualmente este discurso es anticipo de la gran obra publicada apenas dos años después, en 1975: *La Monarquía hispánica en el pensamiento europeo. De Maquiavelo a Humboldt*. Sobre estos contenidos de sus obras, ya he señalado al principio que no son el objeto de este trabajo y que se pueden encontrar en otros textos y en los varios estudios que hemos hecho sobre la obra de

don Luis. Ahora interesa sobre todo esa convivencia durante años, al menos desde 1973 a 1986, cuando fallece don José Antonio, de los dos amigos en esta Academia, todos los viernes. Hay una preciosa fotografía, hablando ellos dos en la «sala de pastas», de uno de esos viernes que es una especie de icono para los que les hemos tenido tan cerca.

No quiero olvidar [rememoraba Díez del Corral en el homenaje citado] su gusto [de Maravall] por las actividades culturales dentro de grupos reducidos, como el que reunía D.^a Mercedes Gaibrois de Ballesteros en su piso de Bibliotecaria de la Real Academia de la Historia. Allí se mezclaban miembros destacados de la corporación con noveles historiadores, diplomáticos y personajes notables de paso por Madrid. «El Correo Erudito» se cocinaba en tales reuniones.

La Revista de Occidente

No quiero olvidar tampoco [prosigue don Luis] otra «cocina» intelectual: la del Consejo Asesor de la *Revista de Occidente* en su segundo período, por iniciativa y bajo la dirección de José Ortega Spottorno y con Paulino Garagorri como secretario. Creo que es una época de la Revista demasiado olvidada...

Precisamente este recuerdo enlaza con el de la primera juventud, cuando se conocieron en la universidad, en los carritos de libros de la calle San Bernardo, y crearon la *Nueva Revista*, trataron a Ortega y Gasset y colaboraron en aquella primera época de la *Revista de Occidente*, antes de la guerra civil, muy especialmente Maravall, como lo cuenta Díez del Corral en el citado escrito de 1987:

El primero de los estudios monográficos de Maravall, publicado en 1933, lleva el título: «Antonio Marichalar: “Mentira desnuda”» (*Re-*

vista de Occidente, n.º XL) y merece un breve comentario, pues Antonio Marichalar mantuvo una estrecha relación personal e intelectual con nuestro amigo. Figura la suya demasiado olvidada, raramente deja de aparecer en las fotografías de la tertulia en la *Revista de Occidente*. Fue personaje clave para la relación de la Revista con los grandes escritores franceses e ingleses tras la primera guerra mundial. Muy relacionado con jóvenes, solía darles un sabio consejo: Comenzar a escribir y, en llegando a la página diez, romper todas las cuartillas y seguir escribiendo, como si nada hubiera pasado. En cuanto a Maravall, se hizo uno de los colaboradores más asiduos de la *Revista de Occidente* entre todos los jóvenes de nuestra generación que empezaban a manejar la pluma.

Digamos, entre paréntesis, que don Luis creyó siempre en el riguroso consejo de Marichalar –romper al menos las diez primeras cuartillas y seguir escribiendo, que desde luego recuerdo él me transmitió más de una vez (y que yo seguí, aumentando exponencialmente el número de inéditos), lo que explica lo antes mencionado sobre los «borradores» que uno acaba entregando a imprenta. Por ello, sus más de cuatro mil páginas escritas, recogidas en las *Obras Completas* que tuve el honor de poder preparar y editar siendo directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, asombran en cantidad y especialmente en calidad. Son cuatro volúmenes que don Luis pudo disfrutar el último año de su vida y que le acompañaron casi constantemente desde su edición hasta su posterior momento.

La guerra civil, como vimos antes, marcó un antes y un después para aquella generación y las siguientes, pero la amistad de los dos universitarios permaneció. Si hacia 1933 les dejamos alrededor de Ortega y la *Revista de Occidente*,

los últimos años anteriores a nuestra guerra [seguía contando Díez del Corral] salvo algunas reuniones ocasionales en la Granja del Henar y la asistencia a algunos conciertos y exposiciones [...] José

Antonio y yo nos vimos menos por diversas causas. En primer lugar, por mis estudios en Universidades alemanas, y luego por la entrega a la preparación de unas oposiciones, como haría también el propio Maravall, para ingresar en alguno de los cuerpos de la Administración Pública, sin que ninguno de los dos nos hayamos arrepentido de los resultados conseguidos a lo largo de nuestras experiencias como funcionarios.

En efecto, aunque ambos eran vocacionalmente futuros docentes, era propio de aquellas generaciones preparar la larga trayectoria para una cátedra obteniendo primero unos recursos propios que les permitieran seguir investigaciones y estudios sin agobios inmediatos, además del sentido responsable de colaborar con su trabajo en la vertebración y quehacer del Estado, especialmente procediendo del campo del derecho. Así, don José Antonio obtuvo plaza en el Cuerpo Técnico-Administrativo del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes ya en 1933, y don Luis en el de Letrados del Consejo de Estado en 1936, antes del estallido de la guerra. Esta desbarató la vida de ambos y sabemos de sus duras experiencias, como las de tantos españoles inmersos en unas circunstancias no buscadas. Rehicieron sus vidas acabada la contienda. Maravall contrajo matrimonio con María Teresa Herrero en 1941 y Díez del Corral en 1942 con Rosario Garnica. Hoy tenemos con nosotros a los cuatro hijos del primero y a las tres hijas de don Luis, además de otros familiares y algunos nietos. Y es especialmente emocionante recordarles con ellos después de tantos años y tantos cambios. Pero sigamos el relato.

El Instituto de Estudios Políticos

Y Díez del Corral sigue contando,

Nos volvimos a ver pronto, una vez acabada nuestra guerra, en el Instituto de Estudios Políticos, que dirigía Alfonso García Valdecasas, que brindaba un ambiente favorable para el desarrollo de la convivencia intelectual. Los nombres de Ramón Carande, Joaquín Garrigues, Melchor Fernández Almagro, Luis Jordana de Pozas, etc., avalaban la orientación del Instituto. Contando con una copiosa biblioteca, José Antonio y yo nos dedicamos a trabajar como investigadores principiantes en el campo común de la Historia del pensamiento político, hasta acabar publicando, después de haber dado diversos cursos, sendos libros, casi a la par: *Teoría del Estado en España en el siglo XVII* y *El liberalismo doctrinario*.

Parecida vivencia nos cuenta Maravall:

Pero, precisamente, una vez terminada esta [«tremendo y odioso drama de la guerra civil», escribí], se produce el período en nuestras vidas de máxima y más larga aproximación en nuestra amistad y en nuestro escenario físico. Serían los años del Instituto de Estudios Políticos en donde García Valdecasas nos reunió –tales fueron sus palabras– como reserva para un próximo futuro (que luego resultó imprevisiblemente lejano); los años (de tan grato recuerdo como investigadores principiantes), en un campo común de Historia del pensamiento, aunque con dirección opuesta en la marcha: Corral buscaba y buscará el reflejo de fuentes extranjeras, de los productos de la alta inteligencia europea en la esfera española; yo trataría de descubrir la conexión de los temas de la cultura o de la historia españolas (creo que las dos palabras son una misma cosa) en el campo de las sucesivas formas de la mentalidad europea. Con escasa diferencia en el tiempo se publicaron ambas tesis, con corta diferencia de fechas obtuvimos los dos, yo mi primera cátedra de Derecho Político y Teoría de la Sociedad (1946); él su cátedra que conservará de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas (1947).

(«D. Luis, riojano universal», op.cit.)

La historia del Instituto es conocida, aunque a veces no suficientemente. Creado en aquellos duros años cuarenta como centro de pensamiento que –se suponía– proporcionaría doctrina suficiente a los cuadros de la dictadura, se convirtió muy tempranamente, como recoge don Luis, en un espacio de convivencia intelectual e incluso de refugio o ayuda de muchos intelectuales –Manuel García Pelayo, antes de su marcha a Venezuela; Enrique Tierno años más tarde, o los citados por don Luis, entre otros. Un destino un tanto paradójico –algo similar a lo que ocurrió con la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la que antes hablábamos–, que transformó aquel espacio en un encuentro plural de pensamiento y diálogo, en el que, a través de los años, participaron nombres señeros, se publicaron importantes ediciones de clásicos de distintas épocas, incluida la contemporánea, fue lugar de encuentro de académicos y profesionales y de seminarios para jóvenes que enlazaban con las también jóvenes ciencias sociales. Un destino muy distinto de lo que esperaba el Régimen, que había dado un rango especial al Instituto, haciendo por ley consejero nato del Consejo de Estado a su director (honor que se mantiene hasta hoy), e igualmente hizo procuradores natos en Cortes al jefe de la sección de Ordenación y Corporaciones y dos miembros más de tal sección (lo que explica que don Luis, como tal jefe de sección en el Instituto, figurase en las Cortes en dos legislaturas, del 44 al 49, si bien ya a finales del 47 marcha a París como agregado cultural). En 1977, el gobierno democrático cambió el nombre del Instituto por el de «Centro de Estudios Constitucionales», más acorde con la nueva realidad española y la preparación de la Constitución de 1978. En 1996, y hasta el año 2004, tuve el honor de ser nombrada directora del mismo y recuperé el nombre de «Políticos», muy consciente de su tradición liberal, pasando a llamarse *Centro de Estudios Políticos y Constitucionales*, con el que prosigue su labor como centro de reflexión y de encuentro. En toda esa larga trayectoria,

la impronta que desde sus comienzos dejaron Maravall y Díez del Corral –en su *Revista de Estudios Políticos* publicó este su primer artículo– y que continuaron hasta al menos los años sesenta –cuando todavía celebraban allí seminarios conjuntos– fue una vez más decisiva y superviviente a todos los altibajos de cada época.

París y viajes: Europa

«Un singular período de convivencia» entre ambos, en palabras de Díez del Corral, coincidiendo con lo que acabamos de leer de Maravall, fue, además del Instituto de Estudios Políticos, la estancia de los dos en París a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando, como vimos, llevaban a cabo importantes tareas culturales.

Luego [prosigue don José Antonio en el relato anterior] los años de París, en donde también coincidimos y bregamos juntos para dar a conocer el legado cultural de España, no menos para hacer penetrar en algunos visitantes y amigos, tras su coraza castiza, el inmenso y decisivo paso de las aportaciones francesas. Con mucha frecuencia, acompañados de nuestras esposas y con su resistente y sufrido *Dodge** cargado de libros para contrastar puntos de vista e interpretaciones ante los mismos monumentos. El telón de fondo político, económico, social, intelectual, sobre el que se proyectaban o del que emergían los grandes testimonios artísticos de la historia de Francia [...] Fue allí donde pude medir la talla europea de Corral y alcanzar la seguridad de su proyección sobre Europa [...] Y para comprender la difusión del pensamiento de Corral en la Europa rehecha, basta con echar la vista sobre su bibliografía, en especial sobre el gran número de trabajos que han sido objeto de meditación y discusión de tantas reuniones internacionales. De Europa geográfica-

* El que todavía conocimos sus discípulos en la segunda mitad de los sesenta.

mente y de Europa históricamente [...] Yo de mí diré que cuando me pongo a estudiar son muchas las obras de Corral que me apasionan; cuando me quedo en vivir como hombre de nuestro tiempo, creo que *El rapto de Europa* es un libro que posee, en su propia medida, el sentido profético que ofrece siempre el auténtico saber»

(Ibidem)

Y Díez del Corral ratifica esa amistad e intercambio intelectual y generoso en parecidos términos, refiriéndose a aquellos años en París:

José Antonio acertó a encauzar el cúmulo de experiencias que una ciudad como París y un país como Francia podían ofrecer, en el sentido de su decidida vocación intelectual. Viajamos mucho y sistemáticamente, estudiando con no escaso gozo –a veces en compañía tan sabia y entusiasta como la de Lafuente Ferrari– el nacimiento y desarrollo en torno a París del primer arte gótico. Con Julián Marías recorrimos la Alemania Renana. Pero todo el acervo de descubrimientos, entusiásticamente recibidos, no perturbaban la mirada esencial de José Antonio. Lo mismo ocurrió en lo relativo a libros y autoridades intelectuales. La librería Vrin, en la plaza de la Sorbona, era centro de confluencia de notables profesores y escritores [...] gentes como Gilson, Lubac, Marcel, Dubarle, Gouhier, etc. Personajes cuyo trato resultaba tentador, y José Antonio consiguió administrarlo en función de sus fundamentales objetivos intelectuales [...] José Antonio sabía muy bien que París seguía ofreciendo escuelas, tendencias, escritores de gran valía, pero que este término –valía– donde verdaderamente encontraba su mejor aplicación, dentro del campo de las ciencias humanas, era en la ciencia histórica, particularmente en la que se había ido desarrollando en torno a la Revista *Annales*, con Fernand Braudel como gran figura contemporánea. Y también sabía Maravall que existían en París ciertos historiadores de formación más tradicional, en la línea del pensamiento filosófico-literario, como Marcel Bataillon, persona verdaderamente singular, cuyo trato tantos alicientes brindaba y que resultaría irremplazable. Para bien entender los grandes libros de Mara-

vall y sus orientaciones historiológicas conviene tener en cuenta los años parisinos.

Perdonen los lectores estas largas citas que tanto dicen del espíritu y de los sentimientos de estos dos maestros del pensamiento, así como de la importancia de esos viajes y conocimientos en París en aquellas etapas de su vida profesional recién comenzada. No he querido dejar de transcribirlas con las propias palabras de sus protagonistas para no desvirtuar el alto grado de admiración intelectual, de análisis cálido y serio al tiempo, que cada uno hace de la obra del otro y de la profunda huella de su relación amistosa.

Santander y la Universidad Internacional Menéndez Pelayo

Y también coincidieron, como se ha dicho, en muchos veranos de los años cincuenta especialmente –pero también más tarde–, en la UIMP en Santander. En ese melancólico escrito de Díez del Corral que voy citando, leído por él en la Biblioteca Nacional en 1987, en aquel homenaje a D. José Antonio Maravall, fallecido en diciembre de 1986, escribía en un final conmovedor:

La amistad con José Antonio vino a cobrar una calidad especial a partir de un aciago día, hace treinta años, en la Universidad de Verano de Santander. Rafael Lapesa habló con ocasión del fallecimiento de nuestro amigo del temple con que se enfrentó a la enfermedad y del carácter heroico de su vida. Es verdad que fue así. El caso de José Antonio fue realmente extraordinario, porque acertó a sublimar, gracias en tan gran medida a María Teresa, su heroísmo vital en obras como *La literatura picaresca desde la historia social* –su último libro terminado y publicado ese mismo año de su muerte, 1986–, que implica un empeño verdaderamente feroz. Pero su ros-

tro no dejó de expresar bondad y simpatía. Pocas veces con más placidez que en nuestro último encuentro, almorzando en casa con algunos viejos amigos tres días antes del de su fallecimiento.

Ese «aciago día», treinta años antes, en la Universidad Menéndez Pelayo, al que se refiere Díez del Corral, fue un día de pleno mes de agosto en que don José Antonio Maravall –año 1959– cayó fulminado de un ataque al corazón, con solo 48 años entonces, y fue recuperado para la vida, casi milagrosamente, gracias a la rápida intervención del eminente médico, asiduo también de esta Universidad, doctor don Manuel Durán Sacristán. Muchas veces, tanto en casa de don José Antonio como de don Luis, he escuchado los pormenores de este episodio y la casualidad –providencial para Maravall– de haberse producido, lamentablemente, el año anterior un caso similar, que facilitó que de un año para otro se hubiera previsto tener los aparatos y medios de última generación para accidentes cardiovasculares, y conocer las técnicas rápidas que podían detener el parón definitivo. Se daba el caso que en 1958 había fallecido, un 19 de agosto, el conocido e ilustre profesor, igualmente ligado a aquella Universidad, don Cayetano Alcázar Molina –antiguo maestro de Maravall en la Universidad de Murcia de los años treinta–, por el que nada se pudo hacer en aquel momento; sobre este último lo cuenta de forma conmovedora Antonio Lago Carballo en una de sus crónicas, tan indispensables para la historia de la Universidad (*La Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Crónica de treinta años (1958-1968)*). Santander, 1999, pág. 164).

El hecho es que aquel asomo directo a la muerte en 1959, en Santander, marcó indeleblemente el resto de la vida de don José Antonio y, en otra dimensión, también la de su amigo Díez del Corral. Maravall arrastró las décadas siguientes la fragilidad de su corazón como un acicate para trabajar en su obra con una intensidad

y dedicación en la que se volcó con la gran inteligencia y voluntad que siempre poseyó, con ese «temple con que se enfrentó a la enfermedad», que escribiera Rafael Lapesa, y que dio a su vida un «carácter heroico», pero también con un amor por la vida y las pequeñas cosas, por el interés profundo y responsable por los que le rodeaban, por el goce del conocimiento y por el goce de la amistad y el profundo amor de los suyos, que le convirtió en una persona extraordinaria y singular y, al tiempo, cercana y afectuosa como solo pueden ser los sabios verdaderos. «Soy un hombre de suerte –declaró en un acto-homenaje cercano a su jubilación–, ya que he nacido en la familia que hubiera elegido y he trabajado en lo que siempre me gustó». Díez del Corral estaría siempre conforme con esa libertad de aquiescencia, tan propia de los clásicos a los que amaba; precisamente en uno de los cursos memorables de don Luis en Santander, sobre «La función del mito clásico en la literatura contemporánea», estructurado y publicado luego felizmente como libro, expresa con su magnífica prosa y fuerza de estilo la hondura de un Edipo ciego y mendigo, quien, cerca del final de sus penalidades, musita sereno y firme, lleno de grandeza y potencia moral: «Y, sin embargo, todo está bien..» Nunca pudo olvidar don Luis el sobresalto de aquel «día aciago» de su amigo, al que estuvo a punto de perder. Y creo que siempre quedó en sus veranos en Noja el eco del riesgo corrido y la alegría de la recuperación:

Durante el veraneo montañés, querido José Antonio –le escribe en 1982 desde Noja–, estás muy especialmente presente en el recuerdo por tu larga y decisiva intervención en las actividades de la Universidad santanderina, que tantas ocasiones brindaba para vernos en momentos alegres y en momentos tristes. Las viejas amistades se intensifican con el curso del tiempo...

Esos veranos que brindaban tantas ocasiones para verse, a los que se refiere con cierta melancolía don Luis, se remontan espe-

cialmente a los años cincuenta, en cuyos cursos coincidían ambos maestros. Aunque estuvieron participando en las actividades de la Universidad ya en el año 1947 –don Luis– y 1949 –don José Antonio– y dan lecciones, en 1950 –Maravall– y en 1952 –Díez del Corral– (según la necesaria y excelente guía, ya mencionada, de Antonio Lago), la más importante concentración de cursos se centra en los años que van de 1955 a 1958. Díez del Corral imparte en 1955, el mismo año que Marañón da el curso de «Españoles fuera de España» (con todo lo que ello significa de intento de apertura y conocimiento a las nuevas generaciones de las obras de los exiliados españoles), sus lecciones sobre el trabajo citado «La función del mito clásico en la literatura contemporánea»; al año siguiente habla sobre la «Introducción a una sociología del arte español» –ya el hecho de hablar de «sociología» supone en 1956 alinearse en corrientes intelectuales abiertas e interdisciplinarias de calado distinto al meramente oficial–; sigue otro año con temas sobre el individuo y el individualismo en una sociedad dinámica, es decir, una sociedad que acepta el cambio y la transformación, una sociedad abierta y forzosamente liberal –todo lo opuesto a la sociedad española bajo un régimen dictatorial–; son temas que continuará desarrollando en 1958, uniéndolos a investigaciones sobre la Monarquía hispánica y la formación del Estado en España, al tiempo que amplía aspectos específicos relacionados con su gran obra publicada ya en 1945: *El liberalismo doctrinario*. De todo ello, pues, saldrán importantes libros, como estamos viendo.

Algo parecido podemos ver en la obra de Maravall. En 1955, imparte una lección sobre «La historia y el presente», posteriormente publicada. En 1956 dirige la sección de Humanidades y Problemas Contemporáneos y organiza un curso especial dedicado a la obra de Menéndez Pelayo; al año siguiente, también como director del curso de Humanidades y Problemas Contemporáneos, habla sobre «La historia como horizonte de vida», en donde deja plasma-

das algunas de sus inquietudes por dotar a la historiografía de una base científica lo más amplia posible, al tiempo que afirma el carácter inequívocamente *histórico* de la condición humana. En la línea de la afirmación de Max Scheler, por cuyo ensayo sobre «El puesto del hombre en el cosmos» declaraba Maravall su deslumbramiento al leerlo en su juventud, cuando el filósofo alemán señalaba que «el hombre es el único ser viviente capaz de decir *no* a la realidad», capaz de crear otros mundos, de conformar otra realidad y no aceptar sin más la de la naturaleza; en esa misma línea, Maravall ya hablaba en aquel curso de los años cincuenta de que «el hombre, el ser humano, era fundamentalmente historia y no simple naturaleza», por mucho que esta pueda condicionarle. La apuesta siempre por la libertad y la posibilidad del cambio como opción progresista, a la que no se puede renunciar, la oposición a todo determinismo social inmovilista, estuvo siempre en la base más profunda del pensamiento maravalliano.

Posteriormente, en 1977, don José Antonio da un curso, muy importante para su obra historiográfica, titulado «La Ilustración española del siglo XVIII», sobre aspectos ilustrados alrededor del interés público y del interés personal, de la educación, de los nuevos contenidos de conceptos como utilidad, felicidad, naturaleza, etc. Son unas lecciones magistrales, como siempre, que siguió elaborando en años siguientes y publicando como monografías en distintos medios especializados y dispersos, y de las que me cabe el honor de haberlas reunido en un libro que, desgraciadamente, Maravall no llegó a ver, pero que le hubiera hecho feliz. Ese libro configuró el IV tomo de sus voluminosos y certeros *Estudios de historia del pensamiento español*, de gran influencia en toda la historiografía hispana. Respecto a Díez del Corral, tengo el recuerdo emotivo, ya en plena democracia, de la concesión por parte de la UIMP del X Premio Internacional Menéndez Pelayo, el 30 de julio de 1996, siendo rector José Luis García Delgado. En aquella ocasión tuve

también el privilegio de hacer la *laudatio* de don Luis, que puede leerse en la publicación y actas correspondientes de aquella Universidad. En ambos casos, mi vinculación con los maestros formaba ya parte de mi propia vida intelectual, profesional y emocional.

Maestros y enseñanzas

En efecto, desde el curso de 1964, en el que asistí por primera vez a las clases de don Luis, toda mi vida universitaria y académica ha estado estrechamente vinculada a su persona y a su saber y a la disciplina que él fundó en España: la Historia de las Ideas y de las Formas Políticas. En aquel caserón de San Bernardo, en Madrid, en un aula en anfiteatro, para segundo de licenciatura de Ciencias Políticas y Económicas, Díez del Corral impartía sus clases de historia casi al mediodía, sin prisa, haciéndonos disfrutar de la luminosidad del aula y de la de su palabra, aunando en sus lecciones la profundidad de sus conocimientos con la elegancia y naturalidad de sus exposiciones. Don Luis no explicaba las lecciones del programa una a una; estudiar las más de setenta que componían la asignatura –desde los presocráticos al pensamiento de entreguerras del siglo XX– era cuestión individual de los alumnos para poder llegar a los exigentes exámenes finales apoyándose en una extensa bibliografía basada en los propios textos de los autores occidentales y en el famoso manual de Sabine. Él elegía cada curso un tema monográfico y alrededor del mismo –Maquiavelo, p.e.–, elaboraba en voz alta, rodeado de libros y fichas y notas sobre la mesa, que muchas veces apenas consultaba, pero que daban testimonio –como ocurría también con Maravall– de una preparación que imaginábamos gozosa siempre, puesto que eran capaces de transmitir el contagio del conocimiento, como pedían los clásicos a los auténticos maestros.

Lo que nos enseñaban era a pensar; en las clases y en los seminarios sobre todo, aprendíamos a profundizar en la reflexión y en la complejidad. Antes de llegar al cuarto curso, en el que Maravall daba Historia del Pensamiento Político Español, ya estaba en contacto con don José Antonio a través de esos seminarios que impartían ambos... y no hace falta insistir en el privilegio y la suerte inmensa de gozar de tan especial magisterio. Los dos pertenecían a ese pequeño grupo de profesores «míticos» que los estudiantes respetaban por su saber y actitud abiertamente liberal, al tiempo que temían por la seriedad de sus clases y exámenes. Pasar las asignaturas de «Ideas» con Díez del Corral y «Pensamiento» con Maravall –y no digamos si se pasaban con nota, algo no fácil de conseguir– era como una suerte de ritos de paso que todo estudiante de aquellos años atravesaba con la inseguridad y el esfuerzo propios del caso, pero que proporcionaban también posteriormente la confianza que dan los ritos. Para mí, los dos maestros han sido, en una bella frase con la que Maravall se refería a Díez del Corral, jubilados ya los dos, y de la que me he apropiado haciéndola profundamente mía (han sido, decía) *elementos de mi destino*. Personas decisivas que, como decía Albert Camus de un antiguo maestro suyo (*El primer hombre*), abrieron «las puertas de todo lo que yo amo en este mundo» y para lo que siempre se necesita una iniciación y un ejemplo.

Una función de maestros que ejercieron en todas las fases de su vida, como estamos viendo, en el sentido profundo que ya Platón imprimió al término. Como he escrito otras veces, cálidos y exigentes a la vez, abiertos a los jóvenes, con tolerancia viva, pero mostrando siempre la existencia y necesidad de las configuraciones y límites de la realidad. Como también decía Max Weber, solo los auténticos maestros pueden enseñar a los jóvenes con su ejemplo y su sabiduría, y a lo largo del tiempo, la necesidad de aceptar el esfuerzo, la frustración, la opacidad de la realidad, los hechos incómodos y la inexistencia de fórmulas definitivas o salvadoras y, al

tiempo, la necesidad de permanecer atentos y apasionados frente a los hombres y las cosas, activos y atentos a actuar «como si», sin caer en ningún determinismo fatalista, sino conquistando la propia libertad.

No quisiera terminar sin trazar someramente, sobre todo para los más jóvenes, algunos aspectos vitales e intelectuales de estas dos vidas convergentes y, al tiempo, diferentes y singulares. Como ya dije, con todo lo que he escrito de ellos y sobre su obra, tanto mientras vivieron como sobre todo cuando ya no estuvieron con nosotros, y aun resaltando sus trazos siempre comunes, nunca había hablado de ellos tan conjuntamente como en esta rememoración de sus centenarios. Y conviene al tiempo entender bien sus aportaciones independientes, singulares en cada uno de ellos y con proyección nacional e internacional en diferentes sectores de la historiografía y del pensamiento europeo y americano, en función de sus muy distintas líneas de investigación. En el campo intelectual, a mi parecer, es tanto lo que les une como lo que les separa. Ellos mismos, hemos visto –ya desde sus viajes y su amistad en París– saben diferenciar sus objetivos e intereses historiográficos y profesionales en sentido amplio. En la bibliografía especializada en cada uno de ellos puede deducirse todo ello.

Pues, en efecto, aunque comparten estilos de pensamiento, en cuanto al carácter interdisciplinar de sus investigaciones y también en el método y rigor de su forma de trabajar, así como un *européismo* y una lucha contra el *ensimismamiento español* y el tópico de «España es diferente», sus obras merecen y han merecido una atención diferenciada para comprender su importancia y su influencia. Sus respectivas formas de escritura son muy distintas, así como la dirección de su mirada investigadora entre España y Europa. Pero el amplio espectro de la obra que realizó cada uno tuvo una repercusión dentro y fuera de España en distintos sectores de la comunidad científica internacional, siempre en el grado máximo de exce-

lencia, como puede verse en cada una de sus biografías. No es este el momento de entrar en ello, pues consta en los múltiples escritos dedicados a cada uno, sino solo de referirse a algunos rasgos que sí son comunes en su trabajo intelectual y que orientan expresivamente en múltiples direcciones:

- a) El carácter interdisciplinar. La historia comparada siempre. Ideas y realidad inseparables, interrelacionándose en un complejo contexto en cada época y momento concreto. No se entiende la historia española sin la europea y la americana, y viceversa. En la luminosidad que Díez del Corral imprimía a aquellas clases casi al mediodía y en sus escritos historiográficos y sus lúcidos ensayos sobre arte –desde el mundo clásico griego y romano hasta Velázquez, Carreño y el Siglo de Oro–, en sus preciosos relatos de viajes por América y Asia, siempre está interrelacionada la historia concreta con el arte, la filosofía, la religión, las costumbres, los mitos; el amor a los clásicos griegos que impregna toda su obra. Libros y ensayos siempre imprescindibles, en los que la historia de las ideas políticas se desarrolla al tiempo y junto a las ideas religiosas y estéticas, sobre un entramado socio-histórico común. En la obra y en la enseñanza de don José Antonio, la historia como una historia social de las creencias y las mentalidades, rompe también con la idea ingenua, mal entendida, de la dualidad de ideas y cosas –«infraestructuras» y «superestructuras»–: «Si se extrae una idea de una página mía –afirmaba– sale chorreando datos; si se tropieza con un dato, se hallará enseguida cómo fue interpretado. En historia, como en física, el dato y su interpretación son inseparables». Constantemente, la importancia de que una historia del pensamiento tal como ellos la concebían tenía que tener en cuenta los *marcos referenciales* –y el primero es el pro-

pio lenguaje— de una sociedad concreta, una *mentalidad compleja* para Maravall, que se interpone entre la realidad y nosotros como un prisma poliédrico, o, para utilizar la expresión kantiana, constituyen la forma *a priori* de nuestro conocimiento. En alguno de mis escritos figura el relato de cómo Maravall contaba siempre divertido en sus clases el ejemplo de Anselmo Lorenzo sobre la venida de Fanelli a Madrid y su discurso en italiano a los obreros españoles, del que Lorenzo escribió que «nadie entendió una palabra, pese a lo cual todos salimos convencidos». Y lo contaba para que comprendiésemos que esa «situación mental» que hacía que todos salieran convencidos sin haber entendido una palabra era la que interesaba al investigador del pensamiento, era el significado que tenía para aquellos que escuchaban y por qué.

- b) Método y rigor. Nunca improvisación, sí imaginación disciplinada. Durante años, los dos maestros, para sus respectivos trabajos, y para cada uno de los temas que investigaban o que querían tratar, llenaban carpetas con cientos y cientos de fichas —manuscritas, claro está, o como mucho «a máquina», solo hasta ahí llegaba la tecnología de la época. Los libros eran así productos de una larga maduración que se perfeccionaba o completaba a medida que se daba una conferencia sobre el tema, o se publicaba un avance, o se discutía en un congreso con los pares, o se descubría un dato nuevo en la investigación. En don Luis, ya hemos visto la importancia para él de una escritura con un estilo cuidado, que le llevaba a un rigor que hoy apreciamos doblemente al leerle y disfrutar de sus textos. Don José Antonio, más práctico, quizá asediado en lo más profundo por su frágil corazón, da en sus grandes obras historiográficas todo el ingente arsenal

investigador que acumulaba en horas y años de trabajo, abriendo un amplio abanico de posibilidades a otros sectores de investigación, como ha sido reconocido por historiadores de la ciencia o de otros aspectos de la cultura. Y ello no obstaba para escribir pequeñas joyas de historiografía y ensayos sobre literatura que se constituyeron en canónicas, como las que dedicó a las comunidades de Castilla o al mundo social de *La Celestina*, entre otras.

- c) Ambos combatieron contra todo dogma y todo estereotipo. La importancia de los *matices*, en la vida misma y en la investigación científica en general; el rechazo de tópicos mostrencos que engloban comunidades enteras, como el «mito de los caracteres nacionales»; la defensa de la libertad individual, de la importancia de la acción de los individuos concretos dentro de un entramado condicionante, pero jamás determinante; la necesidad de estudiar el pasado en función de sus contextos y situaciones históricas concretas, en contra de todo *presentismo*, que proyecta los valores del presente sobre un pasado que tergiversa o ideologiza; todo ello son premisas del quehacer y enseñanza de ambos. Son el rasgo de un profundo sentimiento y razón de raigambre liberal. «El liberalismo es un humanismo», escribía Díez del Corral ya en 1945, y toda su vida y obra atestiguan ese profundo sentido de la libertad y el talante liberal que impregnó todas sus acciones y su trayectoria vital e intelectual. Contra los constructos abstractos, que estereotipan la acción humana y clasifican en bloques colectivos la complejidad de la acción de los hombres y mujeres concretos en las épocas que les toca vivir, siempre recordaré algunas anécdotas que viví en las clases-seminario de don José Antonio. En una ocasión, un estudiante de aquellos conflictivos setenta preguntó sin ve-

nir a cuento que por qué no hablaba de «la burguesía»; Maravall, con suavidad y humor, respondió que «la burguesía, mire usted, es una señora a la que nunca me han presentado; puedo hablarles de *los burgueses* en la época bajomedieval, o *los burgueses* en el Renacimiento, o en la época industrial, o ahora mismo, etc.», pero el gran abstracto de «burguesía», aparentemente válido para cualquier época y país, utilizado además como instrumento de lucha, no era el apropiado para entender la historia. Su profundo sentido de la libertad humana, su liberalismo, fue también incontestable en sus textos y ensayos historiográficos y en sus relaciones personales y afectivas.

- d) El europeísmo que ambos profesaron es también una consecuencia de su liberalismo y del rechazo de todo casticismo y del tópico de la España diferente. La inercia perezosa, la ignorancia y el cómodo mito de los caracteres nacionales eran rasgos que atentaban contra la evidencia de una historia siempre cambiante e incierta *a priori*. Ese «narcisismo de la diferencia» que permitía situarse en lo peor sin molestarse en intentar cambiar lo posible. Maravall hacía a veces una prueba incontestable de los prejuicios que impedían comprender una historia española menos fatalista y negativa. Leía en clase un largo párrafo de Braudel, en donde se describía la historia de un país plagado de guerras civiles sangrientas, intolerancia y exilio de los que no profesaban la religión oficial, conspiraciones, golpes de Estado, venganzas, etc. Una historia no ejemplar, frecuentemente cainita. Y preguntaba: «¿De qué país está hablando Braudel?». La contestación del alumnado era unísona: «¡De España!» «Pues no», y seguía leyendo: era la historia de Francia. Para Maravall no existía «el problema de España», sino *proble-*

mas comunes de un mundo circundante en cada momento histórico; ni él ni Díez del Corral quisieron entrar en la polémica Sánchez Albornoz-Américo Castro, que en gran medida era producto de la desgarradura de la guerra civil y de un exilio proyectados intensamente hacia el pasado. La historia no era un arma para arrojar al enemigo, sino la búsqueda y la investigación paciente y rigurosa para intentar comprender un pasado complejo y no, en el sentido que había enseñado Lucien Febvre, para erigirse como jueces en el valle de Josafat. Por lo demás, incluso en Díez del Corral, como analiza muy bien el profesor Juan Antonio González Márquez (cuya excelente tesis sobre don Luis se publicará en fechas inmediatas en libro editado por varias instituciones), hay a veces una cierta irritación contra un casticismo que se manifiesta en toda esa literatura arbitrista del siglo XVII, que tanta importancia tendrá en el legado español, recogida en siglos posteriores por la generación del 98 y por la del 27. Magníficos escritores todos, que hablan sin embargo en clave moralista y no política, y no saben valorar lo que tienen; no conocen de verdad la Monarquía hispánica en la que viven, ni las complejas circunstancias económico-sociales y mentales de los regímenes liberales en toda Europa y, en lugar de verdaderas y pragmáticas reformas, suelen hacer proyectos utópicos y totales de carácter moral que conducen al desánimo e ineficacia.

Historia de una amistad

En fin, y voy acabando, en diversos escritos de tantos años me he referido, como ahora hago, a la actitud siempre atenta y tolerante de estos maestros, a su docencia en las aulas y su despacho,

y frecuentemente, sus casas y bibliotecas, generosamente abiertas a discípulos y alumnos. Su magisterio fue siempre algo profundo y flexible, sin imposiciones ni consignas de ningún tipo, sin fórmulas salvadoras, sin pretensiones de ordenar la vida de nadie, lejos de cualquier atisbo de liderazgos intelectuales o ideológicos. Pero al tiempo no blando ni sin límites. Creo que fue a una de las grandes mujeres institucionistas que llegué a tener el privilegio de tratar en la Asociación de Mujeres Universitarias, en el refugio liberal de Miguel Ángel 8, en aquellos años del tardofranquismo, a quien escuché una vez hablar de sus maestras en la Institución de antes de la guerra como mujeres de gran integridad y fortaleza moral, «apasionadamente severas». Fue una descripción que me pareció siempre igualmente apropiada para don Luis y don José Antonio y algunos pocos más. Una vez que se lo conté a este último, añadió que él se definiría como «discrepantemente tolerante». En cualquier caso, maestros que nos mostraban con su ejemplo los límites de la realidad, la importancia del trabajo diario y del esfuerzo, el rigor y al tiempo la alegría del conocimiento.

Cuando Díez del Corral rememora las varias actividades culturales compartidas con Maravall, esas «cocinas intelectuales» que se sucedieron en el transcurso de los años, añade que «preciso es recordar la generosa apertura de Maravall hacia la juventud, en el trato directo y personal, en la clase o en los seminarios, bien conjuntos o particulares. Durante algún tiempo, los dimos al alimón, y los colaboradores de nuestras cátedras resultaban intercambiables»... Y, aunque con el tiempo cada cual eligió el camino intelectual y en mi caso quedé adscrita a la cátedra de Díez del Corral y tuve posteriormente el honor de opositar a ella ya jubilado mi maestro pero presidiendo él aquel tribunal de los seis ejercicios públicos (y de ganar la plaza por unanimidad), la relación personal e intelectual con don José Antonio siguió siendo tan profunda como en la primera juventud y su interés generoso y nuestro cariño reci-



Luis Díez del Corral (a la izquierda) y José Antonio Maravall Casesnoves en La Real Academia de la Historia.

proco me consta que fueron uno más de los elementos de unión de la antigua amistad entre ellos.

Pero me parece estar oyendo la voz querida de don Luis refiriéndose con humor a la imagen de ambos como «una especie de pareja, a lo Cástor y Pólux». Sin ocultar los avatares de la vida, a veces de encuentros, a veces de distancias, el afecto profundo entre los dos amigos persistió hasta el final.

Así, al rememorar don Luis el «último encuentro de ambos» en el almuerzo en casa con algunos viejos amigos tres días antes de su fallecimiento que antes mencioné, recuerda, como vimos, que el rostro de su amigo seguía expresando «bondad y simpatía» y menciona que acababa de terminar su último gran libro sobre la literatura picaresca, dando ejemplo de «heroísmo vital». Y un poco antes, en ese mismo escrito, recordando la recensión que hizo en su

momento del libro de Maravall *El concepto de España en la Edad Media*, «casi coetáneo –dice– de *El rapto de Europa*», escribe:

Al año siguiente (1955) ganaría Maravall por oposición la cátedra de «Historia del Pensamiento Político y Social de España», en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, donde yo era catedrático de «Historia de las Ideas y de las Formas Políticas». No poco hablamos antes y después de las oposiciones de cómo conseguir el mejor deslinde y equilibrio entre las dos asignaturas. Pocos teóricos políticos españoles consiguen colocarse en los tratados de Historia o en las antologías de carácter universal, especialmente a partir de la secularización del pensamiento político. Algunos roces y disputas, privadas o públicas, se produjeron de vez en cuando entre los dos amigos, que apenas las habían tenido antes de convertirse oficialmente en una especie de pareja, a lo Cástor y Flux, dentro de la universidad española.

Pero, como se ha dicho, aquellas discrepancias no empañaron su profundo afecto. Ya he aludido a esas preciosas líneas que desde Noja envió Díez del Corral a su amigo en 1982 y que Maravall guardó siempre en su corazón, haciéndome albacea y copista de sus palabras:

...las viejas amistades [escribía don Luis] se intensifican con el curso del tiempo, aunque se reduzcan el trato y la frecuentación, en primer lugar por el estado de la vida actual. He sentido muy al vivo cómo una amistad que para mí se encuentra entre las más preciosas, se ponía de manifiesto en términos verdaderamente conmovedores. Muchas gracias, querido José Antonio, y un fuerte abrazo para los dos, a los que siempre veo unidos en el recuerdo. Hasta pronto.

A modo de coda

Queden estas palabras como final de un escrito más que quiere recordar y agradecer el don de haber estado cerca de ellos y

pertenecer a una cadena maestros-discípulos. Decía la escritora P. D. James que el agradecimiento y la gratitud es una forma de amor, a la que no puede acceder la gente egocéntrica que no admite deber algo a alguien, haber sido ayudada; quizás una carencia egocéntrica debida a la falta de autoestima, pues la vanidad o prepotencia traduce la mayoría de las veces la inseguridad de uno mismo respecto a los otros. En un país en el que con frecuencia se presume de autodidactismo, un país en el que abunda el mito del «momento cero», un *adaniismo* producto de la ignorancia o no asunción de la historia y del pasado –como denunciaba María Zambrano, con quien Maravall precisamente realizó unas Misiones Pedagógicas antes de la guerra–, en el que casi nadie quiere agradecer a sus antecesores nada de lo heredado, no está mal recordar el aforismo feroz de Canetti cuando se refería a uno que se jactaba de haberse hecho a sí mismo, «con lo cual –decía Canetti– liberaba a Dios y a la naturaleza de toda responsabilidad».

En contraste con ello, el ejemplo de Díez del Corral y Maravall mueve a esa gratitud de la que hablaba Albert Camus; la gratitud como admiración ante los actos creadores o como «alegría de la memoria» en la línea epicúrea, de «alegría del recuerdo». «Es el recuerdo agradecido de lo que ha sucedido», sentencia André Comte-Sponville. El recuerdo agradecido, en palabras camusianas, a aquellos seres que nos ayudan a vivir «con su sola presencia», y que «abren las puertas de todo lo que yo amo en el mundo». Para lo que siempre se necesita a los otros, a maestros y amigos excepcionalmente generosos, inteligentes y buenos.

C. I.